

Caminando sobre los pasos del sufrimiento

Gonzalo Medina Pérez*

RESUMEN

Kapuscinski desde el descubrimiento de su identidad como periodista por “la pasión por describir nuestra pobre condición humana” como el reportero lo describe. El artículo escrito de forma literaria, más que ser una biografía (aunque incluye datos bibliográficos y se desarrolla cronológicamente), es un descubrimiento y publicación de los pensamientos y la forma de ver el mundo de Kapuscinski.

Palabras clave: periodismo de guerra, guerra, fútbol y política.

Recibido: 3 de Marzo

Aceptado: 10 de Abril

En medio del fragor de la Segunda Guerra Mundial, el corresponsal fotográfico húngaro, Cornell Cappa, hermano y colega de Robert, escribe el 6 de junio de 1944: “si tus fotografías no son lo bastante buenas, es que no estás lo bastante cerca...No es fácil mantenerse siempre al margen y ser incapaz de hacer nada más que informar sobre los sufrimientos que hay a tu alrededor”.

Pero la reflexión de Cappa va más allá de su trabajo como reportero gráfico: “el corresponsal de guerra tiene su apuesta – su vida- en sus propias manos, y puede ponerla en este caballo o en aquél, o la puede devolver a su bolsillo en el último momento. Soy un jugador. Decidí marcharme con la compañía E en la primera ola”.

Y mientras esto pensaba y hacía Cornell Cappa, a un año de concluir la guerra, en otro país europeo había un adolescente que escribía poesía y ya publicaba en el colegio sus primeros versos. Pero como inspirado por los hermanos Cappa y por escritores que actuaron como corresponsales de guerra, cuando

no como combatientes, caso de Ernest Hemingway, Ernest María Remarque, Curzio Malaparte, George Orwell, Georges Bernanos; el joven poeta ancló para siempre en el periodismo.

Destrucción, miseria, incertidumbre y refugiados –el paisaje de la Europa de entonces- se convirtieron

en el impulso vital que llevó al polaco Ryszard Kapuscinski, según sus propias palabras, a avivar“(...) la pasión por describir nuestra pobre condición humana(...)”. Claro que también su condición de historiador propició su encuentro con el periodismo: “mientras estaba completando mi currículo académico, me encontré con que tenía que elegir entre continuar mis estudios históricos para convertirme en un profesor de historia, un académico, o estudiar la historia en el momento mismo de su desarrollo, lo que es el periodismo. Elegí este segundo camino. Todo periodista es un

historiador”. Y hablando de historia, Kapuscinski encontró en Heródoto a uno de sus guías intelectuales al pensar en su trabajo de traductor

“si tus fotografías no son lo bastante buenas, es que no estás lo bastante cerca...No es fácil mantenerse siempre al margen y ser incapaz de hacer nada más que informar sobre los sufrimientos que hay a tu alrededor”.
(Cornell Cappa)

* Comunicador Social- Periodista. Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia.

del sufrimiento de la humanidad: “sueños, augurios, adivinanzas, he aquí lo que guía a sus héroes a la hora de escoger y tomar decisiones. Así que según Heródoto, la historia la crea aquello que es casual, opaco, irracional”.

Esa guerra que padecieron Kapuscinski, sus familiares y compatriotas, se convirtió, a lo largo de su existencia, en razón de ser de sus vivencias, de sus escritos y de sus reflexiones. Y una de las preguntas que lo acompañó durante su labor, tocaba con el papel del periodismo y del periodista frente a las confrontaciones bélicas entre estados y dentro de países, como en el caso nuestro. Kapuscinski reconocía la dimensión política que une a la guerra y al periodismo, pero siendo consciente de que ello era apenas el punto de partida de lo que pasarían a ser sus preocupaciones de cerca de cincuenta años, período durante el cual fue corresponsal de guerras africanas, asiáticas y latinoamericanas. Movido por su afán analítico, el periodista y escritor polaco alcanzó a escribir sobre las guerras de hoy, de las tareas que desempeñan sus colegas y de la manera como los medios las están cubriendo, teniendo a disposición tecnología sofisticada.

A principios del siglo XX, guerras y revoluciones estaban interconectadas. La guerra desencadenaba, daba comienzo o aceleraba la revolución. A finales de este siglo, por el contrario, las guerras no tienen consecuencias revolucionarias de ningún tipo.

En 1958, con sólo 26 años de edad, nuestro personaje se deja deslumbrar por la diversidad política y cultural de África y por el espíritu unitario de independencia que llegaba hasta cada rincón de este continente. Kapuscinski se enfrentaba al reto de asumir el cubrimiento periodístico de la guerra desde una postura ética y política comprometida con quienes padecen el sufrimiento, lo cual implica no ceder ante las presiones de los poderes establecidos. Además, este corresponsal carecía de medios de trabajo, como él mismo lo testimonia: “había pocos teléfonos, nada de televisión, poquísimos periódicos, las comunicaciones eran imposibles. Internet era ciencia ficción (...). Vivía en Tanzania y no tenía forma de saber qué estaba pasando en Argelia. Un periodista en París o

Londres sabía de eso mucho más que yo. El único instrumento de contacto con el mundo era el télex¹, y sólo en algunos países tenía la suerte de encontrar un télex que funcionara”.

En el contexto de las luchas de liberación nacional africanas de los años sesentas, sobresalen el nombre y la figura del líder negro congolés Patricio Lumumba, asesinado por las fuerzas belgas de ocupación. Kapuscinski conoció a Lumumba y escribió en su homenaje un reportaje, del cual incluimos un fragmento:

El Congo es un océano, un fresco enorme lleno de contrastes. La gente vive en pequeñas aglomeraciones dispersas por las vastas extensiones de la selva y de la sabana, a menudo sin conocerse y sabiendo muy poco de su mutua existencia. Seis personas por kilómetro cuadrado. La superficie del Congo es tan grande como la de la India. Para cruzar la India, Ghandi necesitó veinte años. Lumumba intentó recorrer el Congo en seis meses. Algo totalmente imposible.

Del cubrimiento de las guerras africanas, Kapuscinski supo lo que es sufrir los estragos de las enfermedades tropicales, o ser tomado como informante del gobierno colonialista europeo, cuando no sufrir las golpizas, el

despojo y las amenazas de muerte de manos de fuerzas ilegales. De cada situación límite, el corresponsal polaco iba elaborando su propio manual de sobrevivencia:

En el Congo nos ponían ametralladoras contra el vientre. Cualquier gesto, por mínimo que fuera, podía habernos costado la vida. Debíamos reunir todas nuestras fuerzas para ni siquiera parpadear. Permanecer inmóvil era lo más importante. Para lograr esta inmovilidad hace falta un largo entrenamiento y una voluntad de hierro, pues a la hora de la verdad, dentro de uno todo te grita que huyas o que saltes al cuello del agresor. Pero ellos nunca van solos, y ante un nutrido grupo la muerte es segura.

El eterno reportero del mundo, siempre dispuesto a revelar las más profundas heridas de éste, en

Kapuscinski se enfrentaba al reto de asumir el cubrimiento periodístico de la guerra desde una postura ética y política comprometida con quienes padecen el sufrimiento.

cualquier lugar de cualquier continente, comenzó a descubrir la magia de América Latina, incluidas no sólo sus riquezas históricas y culturales, sino también sus propias guerras, ésas en las que han sido expertos notables aquellos gobernantes que las provocan cuando se saben desprestigiados – son conscientes de que la guerra es uno de los fenómenos con mayor capacidad de integración en un país-. Estando en México, a finales de los años sesenta, Kapuscinski constató la sabia intuición latinoamericana cuando su amigo Luís Suárez, luego de leer la crónica de un partido de fútbol entre Honduras y El Salvador, con miras al Mundial de México 1970, le anunció la inminencia de la guerra en Centroamérica. Ya Suárez había predicho la caída de gobernantes latinoamericanos – Joao Goulart en Brasil y Marcos Pérez Jiménez en Venezuela- y el regreso a su país del líder argentino Juan Domingo Perón.

La capacidad de aprendizaje del periodista y escritor polaco le sirvió para comprobar la estrecha relación existente entre fútbol y política en América Latina. Sobre el particular, afirma Kapuscinski:

Es larga la lista de los gobiernos que cayeron o fueron derrocados por los militares sólo porque la selección nacional había perdido un partido. Los periódicos llaman traidores a la patria a los jugadores del equipo perdedor. Cuando Brasil ganó en México el Campeonato Mundial, un amigo mío, exiliado político brasileño, estaba destrozado: “La derecha militar”, dijo, “tiene asegurados por lo menos cinco años de gobierno sin que nadie la importune”.

En su reportaje, Kapuscinski se ocupa de dar cuenta de todos esos detalles que no siempre hacen parte del decorado de la guerra, pero que al final son elementos sustanciales de ella. Cuenta cómo cuando la selección de Honduras le ganó 1-0 a El Salvador, una joven salvadoreña, que seguía por televisión el partido, tomó el revólver de su padre y se pegó un tiro en el corazón. Vino el manejo informativo del suicidio de la muchacha, al punto que el periódico El Nacional, de San Salvador, registró el hecho anunciando como la muerte de “Una joven que no pudo soportar la humillación a la que fue sometida su patria”. El sepelio fue encabezado por el presidente de la república, con el féretro cubierto por la bandera blanca y azul de El Salvador, y con los once jugadores encabezando el cortejo.

“Nada de lo ya transcurrido es un pasado definitivamente cerrado. El pasado dura en el presente y participa en la formación del futuro”

En medio del relato de toda la dinámica de la guerra, y en especial de una guerra entre países que comparten una misma historia, el corresponsal polaco tiene tiempo y cabeza para pensar aquélla desde una noción de tiempo circular:

Al mediodía llegaron cuarenta corresponsales, mis colegas de México. Fueron en avión hasta Guatemala, y allí alquilaron un autobús, pues el aeropuerto de Tegucigalpa permanecía cerrado. Todos querían ir al frente. Para conseguir este objetivo, nos dirigimos al palacio presidencial, un edificio feo, de fachada pseudo-modernista y pintado de un azul chillón, situado en pleno centro de la ciudad. Ahora, el palacio aparecía rodeado de ametralladoras, ocultas tras sacos de arena. En la explanada había baterías antiaéreas. Hombres uniformados aparecían por doquier. En el interior del palacio, los soldados dormían por los pasillos entre montones de armas. El desorden generalizado era la nota dominante del lugar. Todas las guerras provocan un terrible desorden y no hacen sino malgastar vidas y cosas. La humanidad lleva miles de años de guerras y, sin embargo, parece que cada vez se empieza desde el principio, como si se tratase de la primera guerra en la historia.

Y como descubriendo en este escenario el por entonces innovador mundo del realismo mágico, reivindicado por la literatura latinoamericana, Kapuscinski se encuentra con situaciones bélicas inusuales dentro del protocolo de la guerra entre estados:

(...) resultaba muy difícil determinar dónde actuaba y qué controlaba cada uno de los contendientes. En la espesura de la selva no se veía nada. A menudo, destacamentos de bandos enemigos, errando perdidos entre la maleza, se percataban de su mutua presencia sólo en el momento en que se encontraban cara a cara. Por añadidura, los dos ejércitos usaban el mismo tipo de uniforme, llevaban idénticas armas y hablaban la

misma lengua, así que, cuando una patrulla topaba con otra, no podía saber si había dado con los suyos o con el enemigo.

Como si el derecho lo hubiera adquirido por su triunfo militar sobre Honduras, y no derrotando en la cancha a su rival, El Salvador asistió, finalmente, al Mundial de México. Nueve años después, el país del poeta Roque Dalton se enfrentaba a otra guerra, esta vez dentro de su territorio, esta vez producto de la cadena de dictaduras militares que desde 1932 venían golpeando a los sectores más humildes del país. Si se me permite, quiero compartir con ustedes la experiencia de haber estado como corresponsal en la guerra de El Salvador, 11 años después de la visita de Kapuscinski a ese país, movido más por el ánimo de intentar algunas reflexiones sobre el periodismo y la guerra, sobre la base del pensamiento de nuestro escritor invitado.

En primer lugar, vivir una situación límite como la guerra, con todas las implicaciones que frente a ella comporta la misión periodística, obliga a repensar hasta qué punto la objetividad es más un imposible que un deber. Porque son tantas las emociones, las vivencias e incertidumbres que recorren el espíritu del corresponsal, que no es fácil apartarlas del inventario de aspectos que por necesidad deben compartirse con el lector, el radioyente o el televidente. Kapuscinski da cuenta de ello al desarrollar su narrativa en primera persona. Surge, por tanto, con fuerza inaplazable la subjetividad como la atalaya desde la cual mirar y narrar los hechos – esto para no afirmar que es el periodista mismo quien encarna esos hechos a través de sus interpretaciones-.

Cuando el corresponsal asiste al cubrimiento de su primer combate, y luego del inevitable bautizo de fuego, con la compañía fiel del terror, estar siempre en primera línea se convierte en una necesidad. Porque moviéndose, corriendo, escondiéndose allí, grabando allá, le está dando vida a su historia periodística; allí descubre el pánico de los combatientes, reflejado en su sudor, en las miradas que se salen de sus órbitas, en las voces exaltadas que putean al enemigo, cuando no lo hacen en voz baja. El periodista llega a un estado de ánimo en el que le hace

falta el combate, es como si para sentirse vivo necesitara desafiar la muerte.

Producto de la subjetividad que orienta el quehacer periodístico, la inevitable conclusión es que en la realidad proliferan las verdades – no la verdad-, y la guerra, como situación extrema, así lo corrobora. Esta afirmación se refuerza si

pensamos en que nuestro trabajo periodístico se nutre de las vivencias y en general de las experiencias que han permeado nuestros sentidos. Basado en estas consideraciones y otras que hace Kapuscinski, valdría la pena repensar la vigencia de la frase aquella según la cual “en toda guerra, la primera víctima es la verdad”.

Una característica sobresaliente del cubrimiento de conflictos bélicos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, lo cual ratifica Kapuscinski en sus elaboraciones, es el apoyo y la solidaridad entre

los corresponsales, mucho más cuando prevalecen circunstancias adversas asociadas con amenazas, falta de garantías y de recursos, presiones para publicar informaciones o dejar de hacerlo – según el caso-, señalamientos públicos por presuntos vínculos con una de las partes en contienda, lo cual pone en riesgo la vida de un reportero, como tantas veces ha ocurrido en distintos países. Bien se dice que el sufrimiento y la dificultad acercan.

Hablando de ausencia de condiciones para cubrir la guerra, la experiencia salvadoreña – al igual que la colombiana- fue abundante en ejemplos de persecuciones y hostigamientos contra periodistas que querían realizar su labor en forma independiente. No faltaba la complicidad de medios locales que adelantaban campañas contra uno u otro corresponsal – cuando no contra todos ellos- acusándolos de actuar “en contra del interés nacional”. Algunos debían trabajar a pesar de las intimidaciones, a otros les tocaba abandonar el país, mientras hay quienes que ni siquiera alcanzan a pasar del aeropuerto porque son detenidos y desaparecidos. Eso le sucedió al reportero norteamericano John Sullivan. Cuatro periodistas holandeses fueron asesinados por el ejército y su muerte fue presentada como ocurrida en medio de un fuego cruzado con la guerrilla, cuando en realidad los militares venían siguiéndolos desde hacía varias horas, esperando que entraran en

En primer lugar, vivir una situación límite como la guerra, con todas las implicaciones que frente a ella comporta la misión periodística, obliga a repensar hasta qué punto la objetividad es más un imposible que un deber.

contacto con la insurgencia pues pretendían adelantar un trabajo investigativo.

“Cualquier selección de la información es censura (...). Puede tratarse del resultado de unas manipulaciones llevadas a cabo por consumidores o por productores interesados en un éxito de taquilla”.

Pero la guerra y el periodismo han cambiando 25 años después. De ello alcanzó a dar cuenta Kapuscinski en varias reflexiones, algunas de las cuales abordaremos a continuación, no sin antes introducir algunos elementos propios del contexto que marca el rumbo y el perfil de las guerras de los noventas y comienzos del siglo XXI, y del papel del periodismo en éstas.

La década de los ochentas, marcó el final del socialismo europeo, con la Unión Soviética a la cabeza, de la cual se ocupó Kapuscinski en su libro “El Imperio”. En él, da cuenta de los recorridos que hizo por 15 repúblicas – muchas de ellas golpeadas por la Segunda Guerra Mundial- y plasmó la pintura periodística y literaria que, con el paso de los días, ratificó paso a paso la intuición del escritor polaco acerca del derrumbe gradual de un poder levantado a lo largo de casi cincuenta años. Estados Unidos pasó a ejercer la hegemonía mundial, mientras Europa buscaba seguirle los pasos con la creación de la Unión Europea. Surge en los años noventas la llamada *sociedad de la información* y con ella el desarrollo de la tecnología de las comunicaciones, en particular de Internet.

Se tipifica la denominada *realidad virtual* y ésta reconfigura la dinámica de los medios de comunicación, sobre todo en la forma de captar la realidad y en la manera de informar sobre las confrontaciones armadas. Por otro lado, el nuevo orden planetario replantea el discurso de

la guerra como fenómeno propio del devenir de la humanidad e implanta el lenguaje del terrorismo, sobre todo a partir de los atentados a las Torres Gemelas del 11 de septiembre.

La guerra virtual tiene los medios de comunicación, no sólo como uno de sus componentes estratégicos, sino como la pieza

En la realidad proliferan las verdades – no la verdad-, y la guerra, como situación extrema, así lo corrobora.

La guerra virtual tiene los medios de comunicación no sólo como uno de sus componentes estratégicos, sino como la pieza fundamental en el accionar de los poderes mundiales y de ejércitos regulares e irregulares.

fundamental en el accionar de los poderes mundiales y de ejércitos regulares e irregulares. Según el gobierno de Estados Unidos, uno de los factores decisivos de la derrota sufrida en la guerra de Viet-Nam, radicó en la influencia de los medios de comunicación sobre la ciudadanía norteamericana, al dar cuenta sistemática y detallada de la muerte

creciente de sus jóvenes y de las victorias contundentes de la guerrilla vietnamita. Por tanto, la lección obvia fue ejercer un mayor control sobre los medios y los periodistas cuando de guerras se tratara.

Afirma el analista Miguel Ignatieff que:

(...) la guerra se convierte en

virtual no simplemente porque parece tener lugar en una pantalla sino también porque recluta a la sociedad virtualmente. Nada de lo verdaderamente importante está en juego, ni la supervivencia nacional ni el destino de la economía. Cuando la guerra se convierte en un deporte de espectadores, los medios de comunicación son un decisivo teatro de operaciones.

¿Y a todas éstas, qué tiene que ver Kapuscinski con esta nueva concepción de la guerra? Resulta

que nuestro personaje reflexionó sobre la relación recíproca entre esta modalidad bélica y la acción informativa desplegada por los medios masivos en el contexto global de hoy. Lo primero que precisa el siempre recordado corresponsal de guerra es que hasta hace menos de 20 años el periodismo era asumido

(...) como una profesión para maestros, como una noble vocación a la que la persona se entregaba plenamente, para toda la vida (...). Hoy, la recopilación y el suministro de información

es una ocupación que practican miles y miles de personas. Se han multiplicado las escuelas de periodismo, que gradúan año tras año a miles de nuevos ejecutores de esa profesión (...). Hoy, son muchas las personas que trabajan en el periodismo pero que no lo hacen porque se

identifiquen con la profesión y hayan ligado a ella su vida y ambiciones. La tratan como una ocupación más, que en cualquier momento pueden abandonar para dedicarse a otra. El periodista de hoy puede trabajar mañana en una agencia de publicidad y ser pasado mañana corredor de bolsa. La revolución electrónica ha provocado una multiplicación de los medios, desconocida hasta ahora en la historia. (...) Los románticos buscadores de la verdad que antes dirigían los medios fueron desplazados por hombres de negocios.

“El verdadero periodismo es intencional, a saber: aquel que se fija un objetivo y que intenta provocar algún tipo de cambio. No hay otro periodismo posible”.

Sin perder de vista la relación del periodismo con la guerra en el mundo de hoy, pero destacando el aumento de poder político por parte de los medios, Kapuscinski señala precisamente cómo ese poder se forja más fácilmente en una cadena de televisión que en un palacio presidencial. Y cita los casos de luchas sangrientas que se desarrollaron a finales de los noventa en Bucarest, Tbilisi, Vilna y Bakú, cuando los manifestantes que estaban en contra de los regímenes políticos establecidos, trataron de tomarse las sedes de los principales canales de televisión, en vez de ocupar las sedes de gobiernos o parlamentos.

Desde que se descubrió que la información es una mercancía dejó de estar supeditada a los criterios tradicionales de la autenticidad y la falsedad. Ahora está supeditada a las leyes del mercado: conseguir una rentabilidad máxima y mantener el monopolio.

Asimismo, y en concepto de Kapuscinski, el desarrollo de tecnologías de comunicación, como la telefonía móvil y el correo electrónico, ha modificado en forma radical la relación entre los enviados de los medios y sus jefes. Mientras el corresponsal tradicional buscaba la información, la encontraba, la procesaba, la elaboraba y la difundía, el de hoy devino en mero peón movido a lo largo y ancho del mundo por su jefe, quien puede estar en otro extremo del planeta. Este último dispone de informaciones suministradas por diversas fuentes y

por ello maneja una visión más completa de la que tiene el reportero. Y como hoy el tiempo no da espera, es el jefe quien confía en que su enviado confirme el registro de lo que ya se tiene.

Pensando en los vínculos entre la guerra virtual, el desarrollo de las tecnologías de la comunicación y las nuevas formas de registrar hoy los sucesos, aparece la tendencia periodística en la que ya es frecuente cubrir conflictos armados desde las salas de redacción, gracias a las empresas transnacionales de noticias y a la Internet, con todas sus ofertas. Pareciera ser que ya no se necesita, como en otros períodos, de enviados especiales como Ryszard Kapuscinski y de tantos otros reporteros que no sólo están en contacto con el entorno de la guerra, sino que se llenan de argumentos vivenciales que le dan a la información mayor autenticidad y humanismo.

De otro lado, el corresponsal Jorge Ramos Avalos, al reflexionar sobre la relación entre el periodista y la guerra, sostiene que cuando algunos medios toman la decisión de desplazar corresponsales a ciertos conflictos armados, ha

“Para ser auténtico periodista en Colombia es necesario asumirse como corresponsal de guerra” (García Márquez)

surgido en los gobiernos y ejércitos comprometidos la postura de seleccionar aquellos periodistas que de antemano se comprometen con someterse a manejos informativos restrictivos – léase censura- ejercidos en nombre del interés nacional. Al mismo tiempo se produce la autocensura, como cuando algunos medios de

comunicación norteamericanos trataron con guante de seda a la CIA y al FBI, cuando estos organismos fallaron en detectar los atentados del 11 de septiembre: “Se trató de un error de los espías, hasta ahora no he leído un reportaje a fondo sobre esas fallas”.

Pero el juicio de responsabilidades sobre algunos medios y su misión frente al cubrimiento de la guerra, pasa también por el ciudadano y su compromiso frente a los asuntos que son de interés colectivo. En palabras del reportero fallecido en enero de 2007², las personas que queremos llegar hasta la información rigurosa y el saber sólido, podemos encontrarnos con distintas ofertas y en diferentes cantidades. Es por ello que recurrimos al expediente fácil de acusar a esos mismos medios para justificar el letargo en que se hallan nuestras conciencias, “nuestra falta de sensibilidad y de imaginación, nuestra pasividad”.

Estas opciones informativas más alentadoras que dan cuenta de la guerra, son posibles porque en diversos medios de comunicación existe:

(...) gente extraordinaria, gente sensible y de gran talento, gente que siente que el prójimo es algo muy valioso y el planeta en que vivimos un lugar apasionante, merecedor de ser conocido, comprendido y salvado. Esa gente trabaja con frecuencia con máxima abnegación y entrega (...). Su único objetivo es dar testimonio del mundo que nos rodea y mostrar los muchos peligros y esperanzas que encierra.

La salvedad que al respecto hace Kapuscinski, cabe para la realidad del conflicto armado colombiano y el cubrimiento periodístico del mismo. En especial quiero destacar la valerosa labor de los corresponsales regionales, aquellos que están en el propio escenario de las confrontaciones. Porque una cosa es trazar desde Bogotá el perfil de la guerra colombiana, con mayores garantías y protecciones, y con toda la tecnología a disposición, y otra cosa es informar

sobre la guerra desde los centros vitales de la misma y sin tener mayores recursos y seguridades que un chaleco y las ganas de informar con responsabilidad. Recordemos a García Márquez cuando al definir el papel del periodismo frente a la complejidad de nuestra realidad, incluido su conflicto armado, afirma que para ser auténtico periodista en Colombia es necesario asumirse como corresponsal de guerra.

El nombre, el pensamiento y el legado del periodista y escritor polaco, Ryszard Kapuscinski, constituyen la maravillosa y casi milagrosa síntesis en la que el drama y las llagas del ser humano le dan vida, gracias a la inspiración de un creador como éste, a una obra artística que siempre descubriremos con el espíritu del asombro. ■

Notas

- 1 Sistema telegráfico internacional de comunicación con conexión directa entre los usuarios mediante la impresión previa de textos en una tirilla punteada y luego difundida en el propio télex a través de marcación telefónica.
- 2 Este artículo fue escrito en abril del mismo año.